

Eduardo Sguiglia

Ojos negros

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Hasta hoy los hombres, quietos, atónitos, están a la espera de Suku-Nzambi, padre de los lundas. ¿Aprenderán algún día a vivir? ¿O eso que van haciendo: producir comida para otros, matarse por deseos infinitos, siempre a la espera de la palabra salvadora de Suku-Nzambi, será realmente la vida?

Pepetela

El reloj da las once al tiempo que Modesto Vargas entra a su oficina. Enciende la luz, avanza hacia el escritorio y deja el maletín a un costado, en el piso. Desde allí contempla la sala de guardia. Es una noche de sábado. Ve a sus policías interrogar a unos cuantos jóvenes que acabarán rotos mucho antes de acumular un solo signo de riqueza. Al principio se entretenía observando la fauna que circulaba por la sala. No tiene gracia ahora. Camina hacia la puerta, la cierra con llave y vuelve a su escritorio.

El suboficial Vargas es más bien bajo y delgado, pero sus movimientos revelan cierto aire de confianza que resulta agresivo. Se quita la chamarra, afloja el nudo de la corbata y se estira en la silla. Mira la bolsa de plástico con los objetos que recogió en la pesquisa. Desde hace un rato tiene la inconfundible sensación de que La Milagrosa trabaja de su lado. Mete la mano en la bolsa para sacar una billetera y un grabador digital. El resto son nimiedades. Las trajo de puro curioso. El único lugar que no registró en la habitación del hotel fue la cama. ¿Pero qué secretos puede ocultar una cama vacía? Sueños. Promesas. Ilusiones, tal vez. Hace la señal de la cruz. Luego prende el grabador. Se inclina hacia delante. Escucha unos minutos de confidencias antes de pausarlo. La brisa que entra por la ventana trae el rumor de la calle. Oye el ruido de un camión y luego la sirena de una

ambulancia que pasa rápido a lo largo de la calle y se desvanece a lo lejos.

Vargas se levanta, va hacia la ventana, la cierra de un golpe y se vuelve a sentar. Por un instante reflexiona en el sueño que tuvo la noche anterior. Lo había dejado contento. Pero ahora no puede soñar ni distraerse. Consulta el reloj. Faltan siete horas y media para entregar la guardia. ¿Mucho tiempo? En absoluto. Aquel caso quiere resolverlo él solito. Nada de compartirlo con otros. Todo para mí, se dice mientras juega con un rotulador. Un momento después estira una mano, arrima el maletín a la silla y cruza los pies sobre el escritorio. Retrasa la grabación a un principio. Allá voy, murmura antes de dar rienda suelta a sus oídos.

«...Poco antes del mediodía nos atascamos en un camino sinuoso. Didí aceleró el jeep a fondo dos o tres veces pero luego no insistió más. Se quedó quieto, con las manos aferradas al volante. Pierre lo miró de reojo, estiró los brazos y se retorció en el asiento por enésima vez desde el amanecer. Después permaneció inmóvil, como si no le importara, como si el destino hubiera mandado parar allí, a pocas horas de mi salida, a poca distancia de mi salvación.

Eché un vistazo a un lado y a otro. No se veía nada ni a nadie. Ni siquiera los pájaros de color azul y cola alargada que me habían llamado la atención a lo largo del trayecto. Aquella mañana, en realidad, no habíamos topado con una sola persona. Tampoco dimos con un camino que estuviera en buen estado ni habíamos visto un solo cartel indicador. Luego observé a Didí y a Pierre. Los dos miraban al frente, hacia el horizonte, con los ojos entreabiertos. El sudor, a pesar del aire acondicionado, les resbalaba por la nuca. Supuse que estaban abombados por el viaje o sumergidos en la particular modorra africana. Aunque tenían un semblante enfermizo. Dejé correr un minuto. Después me incliné hacia delante para pedirles, en buenos términos, que hicieran algo. Esos fulanos no eran mis compinches. No. Tampoco trabaja-

ban para mí. Pero el día anterior había convenido en pagarles una buena recompensa a cambio de que me llevaran sano y salvo hasta la frontera con el Congo.

No reaccionaron. Entonces les ordené casi a gritos que se movieran y trataran de solucionar el problema. Les dije que debíamos seguir andando, que no podían quedarse de brazos cruzados. Usé el francés, el portugués y finalmente, desesperado, el español. No hubo caso. Se mantuvieron callados, pasivos, en una especie de hibernación. Dudé en salir del jeep. Pero un momento más tarde, mientras los dos seguían tiosos y mudos, bajé y le di una vuelta completa. Revisé las ruedas y los ejes. Había mucha arena debajo, aunque no parecía un problema insoluble. Se podía cavar delante de las ruedas y extender unas ramas para evitar que se hundieran de nuevo. Decidí encarar a Pierre. Comencé a golpear su ventanilla. En aquel momento Pierre codeó a Didí. Después levantó la ametralladora que estaba en el suelo y me apuntó.

Me costó tomar en serio su amenaza. Tal vez por las circunstancias, por lo que había vivido en las últimas horas o por la clase de mundo que rodeaba aquel páramo. Llegué a especular, incluso, que se trataba de una broma, de un chiste de mal gusto impulsado por los prejuicios raciales de esos patanes. En verdad, durante el viaje, les había escuchado unas curiosas discusiones sobre el tema. Alcé las manos despacio y sin apartar mis ojos de los suyos retrocedí un paso. Pero un momento más tarde, cuando Pierre bajó del jeep, hundió el cañón de la ametralladora en mi panza y me obligó a tirarme boca abajo, comprendí que estaba perdido en una ciénaga. Primero me pateó. Luego preguntó por las piedras. Las costillas me dolieron tanto que temí desvanecerme.

–Dos posibilidades –dijo–: las piedras o la muerte.

–¿Qué piedras, hermano? –le pregunté.

–¿Hermano?, *Ajukula o mutue, Mbiri j'e-nu!*

Entendí algo como: ¡Abre tu cabeza, cara de huevo!

–Amigo, no sé de qué me hablas.

–¿Amigo?, escuchaste, Didí, escuchaste lo que dice este blanquito de mierda, este viejo arruinado, éste no tiene re-

medio, quiere morir aquí y ahora –dijo, apoyó el cañón de la Uzi en mi nuca y agregó–: contaré hasta diez, las piedras o la muerte, elige.

De inmediato comenzó un conteo regresivo en voz alta: diez, nueve, ocho...

Cuando se tienen los pies en el abismo no existen las reglas. Tampoco conviene inventarlas. Sabía de prisioneros que antes de ser fusilados, en un tiempo cruel y remoto, invocaron el nombre de algún familiar. De otros que insultaron a sus verdugos. También conozco la anécdota del millonario que en el lecho de muerte mencionó el nombre del juguete que había alegrado su infancia. Cada uno con su cruz. Es cierto. En mi caso, aquella mañana de junio del 2002, con cuarenta y nueve auestas, bajo un resplandor que derretía hasta los huesos, sucio, transpirado, con la cara hundida en la arena, lejos del barrio, de mi historia, de mi docena de libros favoritos, del aire y del cielo que me había visto nacer, ante la proximidad del fin, de un desenlace tan ridículo, tan despojado del heroísmo y de la grandeza que había imaginado en mi juventud, en lugar de pensar en mis errores, en alguna maldad cometida, una de tantas, o, sobre todo, en las piedras con forma de ojos de pescado que tenía bien escondidas, recuerdo patente, como si no hubieran pasado estas semanas, que reparé en los gritos de Pierre, que abrí la mente como lo había pedido, y asentí. ¿Quién era yo y quién era él? ¿Un hermano, semejante simio? Ay, madre. ¿Un amigo? ¿Mi amigo, ese criminal? Ay, Vasquito querido, muchachos, perdonen, perdónenme esos reflejos cobardes, herejes, insolentes, pensé y levanté la cabeza para gritárselo en la cara. Para saltarle encima dispuesto, si conseguía una luz de ventaja, a llevármelo conmigo al infierno...

Pierre era una mole y, si dentro del jeep iba apretado, fuera, de pie y sacando pecho, se veía como un elefante joven sin domesticar. Sin embargo, al tiempo que levanté la vista inclinó el cuerpo hacia atrás, cerró los ojos y, ante mi sorpresa, se tambaleó por unos segundos antes de caer de espaldas al suelo. De inmediato miré hacia el jeep. Ahora

Didí caminaba a los tumbos hacia los matorrales, vacilando y agazapándose sobre la arena. Enseguida, todavía cuerpo a tierra, oí el motor de un camión y luego el ronroneo de un helicóptero que sobrevolaba bajo la zona. Me quedé helado. Lo primero que supuse fue que se trataba de militares angoleños que iban o venían de la guerra. La paz entre el gobierno y la oposición estaba a punto de firmarse; sin embargo, aún se podían ver en las aldeas o en los caminos, a cualquier hora, grupos de soldados, patrullas o divisiones enteras trasladándose de aquí para allá. Nunca eran agradables esos encuentros y si, además, no se tenían excusas para estar cerca de la frontera, con un buen jeep lleno de nafta y en compañía de un par de tipos armados, como estaba yo, el panorama podía complicarse. Me pregunté si debía permanecer en esa posición o si sería mejor hacer algo muy pronto. Era probable que me tomaran por un traficante amateur.

Entonces me levanté rápido, fui hacia el jeep y saqué mi portafolio. Me paré en un lugar visible con los brazos en alto. La situación no podía ser peor de lo que era. Acababa de salvar la vida y las piedras por un pelo, pero si los que estaban acercándose no aceptaban mis argumentos o no se conformaban con el dinero que llevaba encima corría el riesgo de perder una o las dos otra vez. Vacilé unos instantes. Luego volví al jeep. Subí al asiento trasero, abrí el portafolio y, tan pronto como pude, saqué todo lo valioso que podía ofrecerles. Dejé al alcance de la mano el reloj y los dólares. Estaba listo para salir cuando divisé a través del parabrisas la cabina del camión. Me di cuenta de que no traía la bandera ni los símbolos de la victoria rojinegra. El ejército regular siempre lucía esos colores. Sospeché entonces que debían ser tropa del comandante Muteba que venía por lo suyo. Este rufián manejaba, entre otros negocios, el tráfico de diamantes con el Congo. En ese momento sentí que mis perspectivas empeoraban, aunque con los hombres de Muteba, si mi sospecha era cierta, no convenía mostrarse como un corderito. Jugado por jugado, bajé y corrí hacia el lugar donde estaba Pierre. El helicóptero ya daba vueltas encima de nosotros.